



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

LABARGA, Fermín
Conversación en Madrid con Antonio Linage Conde
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 26, 2017, pp. 439-463
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35550985016>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Conversación en Madrid con Antonio Linage Conde*

Fermín LABARGA

Universidad de Navarra
flabarga@unav.es

Un buen día, ..., decidí, sin pensarlo más, ..., ir recogiendo el relato de mi amigo, a quien llamaremos mejor *nuestro amigo*. Pudo más en mi pensamiento el de aquel dulce filósofo y poeta español, autor de las *Doloras*, cantor de una época, al afirmar que «el recordar es uno de los mayores placeres o el mayor placer»¹.

El 9 de octubre de 1931, medio año después de instaurada la II República en España y con un gobierno todavía provisional bajo el que se discutía en las Cortes la nueva Constitución (que se aprobaría un par de meses más tarde), el diputado por la provincia de Segovia Jerónimo García Gallego² —«católico, republicano

* Esta conversación tuvo lugar en el domicilio madrileño de José Antonio Linage Conde el miércoles 19 de octubre de 2016. Con todo, aquí se incluyen muchas más declaraciones, fruto de una amistad consolidada ya por los años. Algunas de ellas forman parte del blog personal del autor (<http://antoniolinage.blogspot.com.es/>) o de sus publicaciones, en cuyo caso se incluye la correspondiente referencia. Cabe destacar, por su gran utilidad, la obra titulada *Antonio Linage Conde. Bibliografía*, Excelentísimo Ayuntamiento, Alcalá la Real 2000 (2ª ed.), coordinada por Adela Tarifa, que recoge la producción del autor hasta ese año. Esta publicación, así como la correspondiente página del portal Dialnet (<https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=125757>) me excusan de referir la abundantísima producción científica y literaria de Antonio Linage.

- ¹ Antonio Linage Revilla, *Mi amigo y yo (Confidencias) Madrid 1936-1939*, Introito. En <<http://antoniolinage.blogspot.com.es/2010/09/mi-amigo-y-yo-confidencias-por-antonio.html>>. El filósofo y poeta español al que se refiere es Ramón de Campoamor (1817-1901). Las *Doloras*, composición poética breve de carácter dramático y carga filosófica, fueron publicadas en 1846.
- ² Jerónimo García Gallego (Turégano, 30/9/1893 – La Habana, 10/8/1961) fue un sacerdote, canónigo de la Catedral de El Burgo de Osma, orador brillante y promotor de publicaciones que podrían incluirse en el llamado catolicismo social. Destacó por su activa oposición a la dictadura del general Primo de Rivera. Con el advenimiento de la II República se presentó a las elecciones a las Cortes pero sin integrarse en ningún partido, sino como independiente, obteniendo el acta de diputado por la provincia de Segovia en 1931, que conservó hasta la finalización del *bienio*

y demócrata»— defendía con su brillante oratoria capitular el beneficio que las congregaciones religiosas habían supuesto y suponían para el bien común, intentando de este modo evitar su supresión, como finalmente recogió el artículo 24. Ese mismo día en Sepúlveda, «diócesis de Segovia»³, nacía José Antonio Linage Conde. «Descansando indolente sobre las faldas de una arriscada e irregular colina, dormía la vieja villa castellana en sueño de siglos. Cansada de lo que fue, agobiada por el peso de su propia historia, agonizaba lentamente»⁴.

Y, quizás, para conjurar aquella agonía lenta venía al mundo este niño. Se trataba del primogénito de Antonio Linage Revilla y Petra Conde Sanz, cuyo matrimonio había tenido lugar el 22 de septiembre de 1930, tal y como recogieron tanto el diario *El Sol* como *La Libertad* en sus correspondientes crónicas de sociedad⁵. El padre era culto, liberal y convencido militante de Izquierda Republicana. La madre, igualmente oriunda de Sepúlveda, una bella mujer destinada a sufrir mucho en la vida. Su primer calvario vino cuando sólo contaba trece años con la *gripe del 18*, en la que murió su padre, Matías Conde Lozoya. «Él era hermano de la Cofradía de Plagas y el año de su muerte le había tocado el menester de llevador de cadáveres», recuerda Antonio, al que tanto habría gustado conocer al abuelo. Su temprana muerte marcó el rumbo familiar y la angustia de aquellos días se grabó a fuego en el alma de su madre: «Años después de la guerra y la postguerra que tantos sufrimientos la depararon, mi madre decía que, a pesar de ello, el horror de esos largos años no había llegado al de los pocos días de la epidemia», como si aún resonara, inquietante, la disyuntiva davídica (2 Sm 24).

Sin lugar a dudas, Sepúlveda constituye el lugar más trascendental en la vida de Antonio Linage Conde aunque —curiosamente— sus primeros recuerdos

reformista en 1933. En las sucesivas elecciones no obtuvo el escaño, siendo suspendido *a divinis* por su obispo en 1936 debido a su actividad política. Tras la Guerra Civil se exilia en Cuba, donde vivió desde 1940 hasta su fallecimiento, a pesar de que se le ofreció la oportunidad de regresar con garantías totales de amnistía. Sobre él ha escrito Antonio Linage dos artículos: *9 de octubre de 1931. En torno a un discurso parlamentario del presbítero segoviano Jerónimo García Gallego*, en *Estudios Segovianos*, 94 (1996), pp. 419-451, y *Un eclesiástico constitucionalista en la Segunda República. Jerónimo García Gallego*, en *Anuario de Historia del Derecho Español*, 67/1 (1997), pp. 486-507.

³ «Prefiero las referencias eclesiásticas añejas a las civiles de anteaer. Las de ayer son las autonómicas».

⁴ <<http://antoniolinage.blogspot.com.es/search/label/Familia>>.

⁵ *El Sol*, nº 4081, miércoles 10/9/1930, 4. *La Libertad*, nº 3269, miércoles 10/9/1930, 2: «En la villa de Sepúlveda se celebrará el próximo día 22 el enlace de la bellísima señorita Petra Conde Sanz con el culto abogado y procurador D. Antonio Linage, ambos de distinguidas familias sepulvedanas».

nítidos son de Madrid, adonde había ido la familia para una boda a mediados de julio de 1936. Por pura casualidad, el «Alzamiento» del 18 de julio les pilló en la capital y allí hubieron de quedarse por una temporada mucho más larga de lo previsto. Habían dudado sus padres de llevar o no consigo al niño, pero finalmente decidieron llevarlo para que comenzara a conocer mundo. A los contrayentes les ocurrió justo lo contrario; salieron de viaje de novios y el comienzo de la Guerra les sorprendió en Sepúlveda, por tanto en «zona nacional». ¡Cosas del destino!

Visto que la situación no tenía pinta de arreglarse de manera inminente, los Linage decidieron alquilar un piso «interior» en el barrio de Chamberí, en la calle Arango n.º 4, pues por el momento resultaba imposible regresar al pueblo. Allí comenzó una nueva vida para la familia, en la que todo lo llenaba la madre ya que el marido marchó enseguida al frente como miliciano. «Mi condición de hijo único fue tremendamente negativa para mí y para todos los demás», sostiene Antonio. Y sin saber muy bien por qué, afirma igualmente que nunca tuvo miedo de los bombardeos. Por el contrario, de aquellos terribles años un hecho se le grabó de manera imborrable: junto con otros niños fue llevado unos días a Valencia y allí descubrió el mar. Experiencia íntima e intensa para quien, muchos años después, se sigue definiendo como «un hombre de tierra adentro a quien siempre ha atraído el mar. Y la luminosidad mediterránea».

También recuerda que eran tiempos de gran solidaridad. En el bloque donde vivían en Madrid todos procuraban ayudarse entre sí. Allí aprendió a leer y escribir, aunque su madre no quiso que fuera a la escuela por el peligro que entrañaba. Hizo de «maestra» una vecina, refugiada de Toledo, con la particularidad de que «no tuvo tiempo de enseñarme a escribir más que con letras mayúsculas de imprenta». Todavía recuerda cuánto le gustaba la sopa de letras ya que, además de comer, podía divertirse leyéndolas. Aunque, sin duda, lo que más le gustaba eran los cuentos. Según refiere, por aquel entonces «los cuentos de Calleja eran mi paraíso». Los de Calleja, y también «los de Pipo y Pipa, Pinocho y Chapete»⁶. Y comenzó también a escribirlos, aunque no conserva ninguno.

⁶ Saturnino Calleja (1853-1915) compró en 1879 una editorial existente en Madrid, que a partir de ese momento se denominó *Editorial Calleja* y que alcanzó un éxito arrollador con sus publicaciones. Entre estas cabe destacar los libros de pequeño formato, o de bolsillo, singularmente cuentos y narraciones para niños, profusa y atractivamente ilustrados. Debido a las grandes tiradas, salieron al mercado a un precio muy bajo, por lo que se hicieron muy populares entre los niños. Son los famosos *cuentos de Calleja*, que marcaron una época. Más datos en <<http://www.cuentosdecalleja.org>> [consultado el 7/2/2017]. Junto a los anteriores, Antonio Linage recuerda los cuentos protagonizados por Pipo y Pipa, Pinocho y Chapete, personajes dibujados por el

A pesar de los gratos recuerdos infantiles, aquellos fueron años de una gran penuria, años de tristeza, de muerte. También en la casa de la calle Arango. El patriarca había regresado del frente aquejado de tuberculosis; poco después, el 5 de marzo de 1931, veintitrés días antes de la «liberación» de Madrid, fallecía en aquel domicilio improvisado. Antonio recuerda que «la funeraria no acudió precisamente con puntualidad» porque «coincidió con la rebelión del coronel Casado y las luchas entre comunistas y anarquistas». Del padre conserva un recuerdo «entrañable pero escaso»: «Cuando volvía del frente me hacía dibujos y luego me decía que los firmara yo con dos pseudónimos que se inventó para mí: *Gurriato* y *Polvorilla*». Guarda también unas memorias, tituladas *Mi amigo y yo (Confidencias) Madrid 1936-1939*, que ya ha publicado en parte. Y un busto realizado por el escultor sepulvedano Emiliano Barral⁷ que, por diferentes circunstancias, se expuso en el Pabellón de España de la Exposición Universal de París celebrada en 1937.

Aquel niño, despierto e imaginativo, familiarizado bien pronto con el mundo de la cultura había dado ya pruebas de su ingenio y no sólo para escribir cuentos. Sabía bien cómo chantajear a su madre. Recuerda que, a pesar de la escasez, en Madrid para un chiquillo siempre había cosas atractivas en los escaparates de las tiendas. Cuando su madre no quería comprarle aquello que deseaba, muy resuelto la amenazaba –nada menos– que con ponerse a cantar a viva voz el himno fascista. Lo cual surtía un efecto inmediato. Eran años de miedo. En cierta ocasión apurada en que a doña Petra se le escapó en la calle la expresión «¡Ay, Dios mío!», un miliciano la amonestó severamente, a lo que la buena mujer replicó: «Y entonces, ¿qué quiere que diga? Pues diga ¡Demonio u otra cosa!». Aunque, afortunadamente, no todos tenían este mismo talante. Antonio asegura a propósito de la única bisabuela que conoció, Eulalia, a la que recuerda «muy

ilustrador Salvador Bartoluzzi (1882-1950). En 1912, Bartoluzzi había ilustrado una edición de la obra de Carlo Collodi (1826-1890), *Aventuras de Pinocho*, traducida por Rafael Calleja, hijo y sucesor de Saturnino Calleja. A partir de 1917 aparecieron 48 revistas de 16 páginas con las historias dibujadas de Pinocho y Chapete, continuándose a partir de 1928 con las de Pipo y Pipa hasta 1936. <<http://www.bienvenidosalafiesta.com/index.php?mod=Indices&acc=VerFicha&autId=000000013M>> [consultado el 7/2/2017].

⁷ Emiliano Barral (Sepúlveda, 8/8/1896 – Madrid, 21/11/1936) fue un escultor encuadrado en el realismo antiacadémico del inicio del siglo XX. Frecuentó en Madrid el círculo intelectual de Antonio Machado, Blas Zambrano y otros artistas. Desde joven manifestó sus preferencias políticas de signo anarquista, que le llevaron a participar en el asalto al cuartel de la Montaña en 1936 y liderar las milicias segovianas de defensa de Madrid, donde cayó. Su obra fue reconocida y algunas piezas se conservan en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, de Madrid, y en diversas instituciones públicas y privadas.

blanca, suave, menuda, en el piso de la calle de Torrijos donde vivía con sus hijas solteras», que ya con muchos años, «se hundió en la eternidad, imperante la guerra civil en el Madrid revolucionario. Un cura de paisano la llevó el viático en un reloj de pulsera. En los primeros días de la contienda, a los milicianos que subieron a inspeccionar su vivienda, les dijo una hija suya para explicar la abundancia de santos: “–Mi madre, con sus cosas. –Con eso no hace usted mal a nadie”, dijo condescendiente a la vieja uno de ellos».

La guerra acabó pero no acabaron los problemas. La significación política del padre en la izquierda republicana tuvo consecuencias inmediatas. Aunque ya estaba muerto, fue juzgado por el Tribunal de responsabilidades políticas. El jurista que es Linage añade de inmediato las anomalías que allí se daban: «En primer lugar, para aquel tribunal la muerte del reo no extinguía la responsabilidad penal; y, en segundo, el carácter retroactivo de las penas». La consecuencia inmediata fue la decomisación de todos los bienes del reo. «Al acabar la guerra tuvimos que vivir de la caridad de la familia, aunque luego nos los devolvieron».

Como primera medida, salieron de Madrid y marcharon a Cantalejo, otro pueblo de la provincia de Segovia, donde vivía parte de la familia materna: «mi abuela con mis tías: Juanita, soltera y maestra, y Peñita⁸, casada con el boticario, Eudosio. Hicimos el viaje por Segovia. En el restaurante donde comimos yo le pregunté al camarero que a cuántos garbanzos tocaba. Me pareció que bromeaba cuanto me contestó que todos los que quisiera». Linage se acuerda muy bien del hambre de la guerra y, sobre todo, de la postguerra, en aquellos años terribles del estraperlo, aunque en los pueblos se sobrellevaba mejor.

Cantalejo estaba relativamente cerca de Sepúlveda, pero según refiere Linage, «ambas localidades eran muy distintas. Sepúlveda tenía más abolengo, pero Cantalejo era más industrial. Allí se fabricaban los trillos y sus habitantes se desplazaban por toda España para venderlos; también vivían allí muchos tratantes de ganado, era un pueblo de nómadas». Para el niño que accidentalmente despertó a la vida en Madrid, aquel fue un nuevo comienzo: «Yo tengo el recuerdo de haber sentido entonces algo así como la entrada en un mundo nuevo, de perspectivas insospechadas, y que la gran ciudad y la vida anterior se quedaban en un panorama definitivamente ido y sin vínculo ninguno con la realidad a la vista que acaparaba el futuro. No tener que contar los garbanzos había sido un buen comienzo. Días después, en casa de la abuela descubrí una lata grande de azúcar. Había terrones gigantescos y muy compactos, de una dureza deliciosa,

⁸ Por la Virgen de la Peña, patrona de Sepúlveda. Se trata de un diminutivo cariñoso y familiar.

incluso gratos a la vista, como si fueran pequeñas obras de arte. El paraíso». Sin duda, un niño goloso que, transcurridas ya muchas décadas, todavía añora «las tabletas de chocolate de la tía Esperanza, la tía soltera» al igual que «los bollos de la tía María».

Los pocos años del muchacho contribuyeron, sin duda, a hacer mucho más fácil aquella situación que a su madre tanto afligía: Estaba viuda, sin casa y sin dinero. Pero, gracias a la familia, pudieron salir adelante. Ahora había que recomponer la situación. El niño debía ir a la escuela y, por encima de todo, recibir los sacramentos porque todavía estaba sin bautizar... y ya tenía casi ocho años. «El día 14 de abril [¿mera coincidencia?], el párroco don Primitivo Galán Arribas me bautizó y dio la primera comunión en la formidable iglesia de San Andrés. Me regaló una estampa en la que se veían la Plaza de San Pedro y al papa Pío XI. Al reverso escribió a máquina “bautismo y primera comunión”. En mi casa tacharon la primera palabra, para que no se viera que el bautismo había sido tan tardío».

Antonio descubrió en la Iglesia la belleza de la liturgia católica, que hasta hoy sigue fascinándolo. «Enseguida aprendí el oficio de monaguillo, entregándome a la seducción de la liturgia que me sigue acompañando. El mayor atractivo compartido por todos los acólitos al ayudar a misa era tocar la campanilla». Se le despertó el gusto por las ceremonias solemnes, abigarradas, barrocas. Todavía hoy añora «la llamada misa de tres curas», en la que «casi siempre los dos ministros asistentes, el diácono y el subdiácono, estaban uno a cada lado del oficiante. Pero alguna vez se ponían en fila, uno detrás de otro. Pues bien, el abuelo Matías hablaba de las misas *de tres en ringle y dos con porra*. Tres en ringle aludía a la colocación que acabo de decir. Los dos con porra eran un añadido a las misas que en Sepúlveda se llamaban de cabildo, en recuerdo de las de capas y cetros del antiguo Cabildo Eclesiástico. Dos clérigos con capa pluvial se mantenían inmovilizados durante toda la misa a sendos lados del altar. Cuando el abuelo nos dejó, las misas de cabildo eran ya un lujo raro». Linage se ha apropiado del título de un libro de Georges Simenon, *Je suis resté un enfant de choeur*⁹ y sin rubor alguno afirma que sigue siendo «un monaguillo»; un monaguillo grande y culto al que le «deleita recorrer las páginas tan olvidadas de los tratados ceremoniales». Un monaguillo al que le hubiera gustado ayudar a Misa al papa Benedicto XVI porque sospecha que comparten muchas afinidades intelectuales y estéticas, y del que opina ha sido «el regalo de la Iglesia a nuestra época».

⁹ Georges SIMENON, *Je suis resté un enfant de choeur*, Presses de la Cité, París, 1979.

La escolarización del pequeño Antonio resultó sencilla porque el marido de su tía Juanita era maestro en Cantalejo; Joaquín «enseñaba en un grado superior al que me correspondía, pero me pasaron a él». También recuerda que en una ocasión le enseñó «el Boletín Oficial del Estado en que figuraba su nombramiento. Quería que viera su nombre en letras de imprenta. Todavía a estas alturas, yo sigo manteniendo la misma ilusión por la impresión de mis textos». Antonio sospecha que fue de su tío Joaquín de quien aprendió el amor por la lectura y los libros: «*In angulo cum libro*, con un libro en un rincón grato¹⁰. Una estampa de felicidad. *Accipite librum et devorate illum*, coged el libro y devoradlo, es una exhortación de la Sagrada Escritura¹¹. *No hay nada mejor que un legajo*, me dijo un canónigo archivero. Es justo e inevitable que yo asocie ese pasaje a aquellas primeras lecciones de mi tío Joaquín».

El primer curso de bachillerato lo cursó por libre, encargándose su tío Joaquín de las asignaturas de Letras y, otro tío, Eudósio, el marido de otra de las hermanas de su madre, la tía Peñita, de las Ciencias pues además de farmacéutico en ejercicio «se había preparado para la academia militar y dominaba la materia. Pero además era un formidable pedagogo». Con este escaso pero selecto claustro de profesores terminó el curso con buenas notas. Mas había llegado el momento de regresar a Sepúlveda.

De manera recurrente surge una y otra vez en su conversación la villa aforada por el conde Fernán González, cuando Castilla comenzaba a ser el embrión de las Españas. Como dijo Unamuno, «en Sepúlveda, plaza fuerte antaño, quedan raigones de las murallas antiguas y la muralla natural de los escarpes –arribes– del Duratón, que allí se abraza al Caslilla. Tenía la ciudad siete puertas, como la helénica Tebas, y sus siete llaves las enseñan en la sala del Concejo»¹².

Todas y cada una de esas siete puertas se las encontraron abiertas de nuevo la abuela Felisa, su madre y él, al regresar a Sepúlveda por aquellas calendas de 1941. Aunque bien poco después, Antonio debió traspasarlas una vez más para marcharse al internado que los padres del Corazón de María regentaban en Aranda de Duero, donde cursaría los tres siguiente cursos de Bachillerato. El colegio

¹⁰ Se trata de una sentencia de Tomás de Kempis (Kempen, 1380 – Zwolle, 30/8/1471), universalmente conocido por atribuírsele la autoría del tratado *La imitación de Cristo*, el más representativo de la corriente espiritual denominada *Devotio Moderna*: «*In omnibus requiem quaesivi, et nusquam inveni nisi in angulo cum libro*» (Por doquier busqué la paz, sin hallarla más que en un rincón y con un libro).

¹¹ Ap. 10, 9.

¹² Miguel DE UNAMUNO, *Obras completas*, I, Vergara, Madrid, 1958, pp. 1064-1067.

de primera y segunda enseñanza se ubicaba en un antiguo palacio cedido a los claretianos en el año 1897 por el obispo de Osma (a cuya jurisdicción perteneció la villa burgalesa hasta 1955). Aunque, según le parece, no contaba con buenos profesores, los recuerdos que guarda Antonio de aquel colegio son magníficos, incluso su reclusión nada menos que en la habitación del obispo para aislarle durante una epidemia de difteria. Evoca al padre Estefanía, que mandaba escribir a todos los alumnos una novela. Llevado de su amor ya incipiente por el abigarrado mundo eclesiástico, allí comenzó su primera novela, cuyo título era *Memorias de un arcipreste*, que dejó inconclusa¹³. No sin emoción, recuerda el himno del colegio: «*Y al cortar los eternos laureles,/ que el Colegio en su seno ofrendó,/ en sus ramas Aranda fulgure/ con el brillo de nuestra ilusión*»; y el que cantaban en honor de la Virgen: «*Gloria a ti, Corazón de María./ Hoy te aclama tu invicta legión;/ Salve, Augusta Judith invencible,/ Salve, salve sin par corazón*».

Los últimos años del bachillerato los cursó ya en el Instituto provincial de Segovia donde había mejores profesores. Por entonces la recoleta ciudad de Segovia, con su Alcázar surcando el ancho mar de Castilla, aún era «una ciudad levítica. La Academia de Artillería y el Seminario forjaban su espíritu». Y aunque las calificaciones de Antonio no habían sido especialmente brillantes, lo cierto es que en el *examen de reválida* sacó sobresaliente y premio extraordinario. Ahora se trataba de elegir el futuro. Y aquí el joven Linage tomó una decisión trascendental.

Vocacionado como se sentía desde chico por la literatura, «lo normal habría sido –afirma– haber cursado Filosofía y Letras en Madrid pero creía entonces [y ahora se arrepiente] que esa vocación literaria era tan excelsa que no podía mezclarse con algo tan prosaico como el *modus vivendi*». Así que se planteó seguir la estela paterna y dedicarse a los asuntos legales. Comenzó a estudiar por libre la carrera de Derecho, matriculado en la Universidad Central, que entonces todavía estaba en la calle de San Bernardo. Los cuatro primeros cursos los sacó viviendo en Sepúlveda, «porque estaba terriblemente apegado a su tierra», pero el quinto lo hizo ya de forma oficial, asistiendo normalmente a las clases. Finalizada la

¹³ Pasados los años, Linage ha seguido cultivando su faceta más puramente literaria, contando con una novela titulada *El arcángel de Montecasino*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977, galardonada con el premio Puente Colgante de Portugalete y Guecho dos años antes de su publicación, y cuyo argumento toma pie de la simbólica destrucción de Montecasino durante la Segunda Guerra Mundial. Cuenta también con varios libros de poesía, siendo el primero de ellos *Ajimez a mi mundo*, Palencia, 1964, y el último *Del Norte al Sur y vuelta al mundo en Torrevieja*, Sepúlveda, 2011.

carrera se presentó a las oposiciones para notarías, que ganó en la primera convocatoria a la que concurrió, convirtiéndose en el notario más joven de España con tan solo veinticuatro años y dieciocho días¹⁴. Quedaba asegurado, por tanto, el *modus vivendi* a perpetuidad.

Su primer destino: Fortuna, en la provincia de Murcia, «un oasis al revés, de secano en medio del regadío». Aunque aquella notaría no diera precisamente para tanto, algo que ya intuía el joven Linage, para quien las tierras murcianas constituyeron una especie de paraíso, con sus huertas feraces y la luz deslumbrante del levante, que le sedujo. Con todo, asegura que incluso llegó a pasar frío «porque los castellanos estamos acostumbrados al abrigo» y, de hecho, su afición a la típica capa española le ha acompañado a lo largo de los años, gustando de usarla y de reivindicar su carácter castizo.

Fortuna fue el escenario de algunos lances curiosos en su inaugural desempeño de la notaría. Como aquel en el que –y parece cosa sucedida muchos siglos ha– le tocó asistir al testamento de dos leprosos. A propósito de lo cual surge espontánea la referencia a Gabriel Miró, el admirado escritor de la prosa levantina por antonomasia, quien también se refería en sus novelas a los leprosos que cultivaban huertos de tabaco y ahuyentaban a los carabineros bajo la amenaza de escupirles¹⁵. Linage disfruta con cada párrafo de Miró y cuenta algunas anécdotas sabrosas de su vida y su muerte. Pocos escritores han dominado tan bien como él los intrínquilos del mundillo eclesiástico, hasta retratar de manera magistral una vieja ciudad episcopal como Oleza¹⁶.

Tras dos años de ejercicio notarial en Fortuna, se convocaron oposiciones y Linage se trasladó a Teruel, plaza ya de primera categoría. Era el año 1958. Con-

¹⁴ <www.justitonotario.es/notario-mas-joven-espana>.

¹⁵ El tabaco estaba monopolizado, no se podía cultivar y se arrancaban las plantaciones ilegales.

¹⁶ Gabriel Miró (Alicante, 28/7/1879 – Madrid, 27/5/1930) fue un escritor encuadrado habitualmente en la llamada generación del 14 o el *novecentismo*. En dos de sus más conocidas novelas *Nuestro padre San Daniel* (1921) y *El obispo leproso* (1926), que forman una unidad, describe la vida de una vieja ciudad episcopal, a la que da por nombre Oleza, para la que se inspira en Orihuela. Por sus páginas, escritas con una prosa brillante, luminosa, lírica y sensual, desfilan una serie de personajes que conforman una trama (un tanto maniquea) que enfrenta la visión más ancestral y arcaica de la vida, representada por un sector del clero tradicional y los elementos carlistas de la localidad, con la moderna y liberal que aportan otros clérigos, entre ellos el obispo, y una serie de personajes de la burguesía local. Tras la minuciosa y precisa descripción de Miro, experto conocedor del mundo eclesiástico, se dibuja una tremenda lucha de pasiones y sentimientos que desembocan en la tragedia final (tanto a nivel personal como colectivo) que depara la desaparición de lo antiguo y el surgimiento de la modernidad, que muy simbólicamente trae el ferrocarril.

fiesa que «podía haber ido a Cádiz pero escogí Teruel para tener más libertad, pensando ya cursar la carrera de Letras». A tal efecto se matriculó en la universidad de Valencia.

Por entonces Teruel era una pequeña capital de provincia, cuya población rondaba los veinte mil habitantes, con poca vida social, lo cual no inquietó especialmente a Linage porque «por entonces yo era bastante retraído, de lo cual me arrepiento y –es curioso– de lo que me he corregido bastante a última hora». Reconoce, no obstante, que Teruel tenía su encanto. Allí trabó gran amistad con el obispo, el franciscano fray León Villuendas Polo (1944-1968), hasta el punto de que, según confiesa, «actuaba casi de notario diocesano» y no porque autorizara los documentos de la diócesis, sino porque tenía a su cargo prácticamente todas las notarías vacantes de aquel amplio territorio que casi coincidía con los lindes diocesanos: Albarracín, Aliaga, Villarluego, Mora de Rubielos y Mosqueruela.

Se trataba de todo un personaje el referido obispo, de excelente preparación intelectual y un temperamento típicamente aragonés: noble, simpático y un tanto testarudo. Al despedirse de su grey en 1964, ya casi ciego debido a la diabetes, en la catedral turolense la jota bravía le hizo derramar lágrimas de emoción y gratitud: «*Torrijo te dio la cuna, / y San Francisco el cordón, / el Papa te dio la Mitra, / y Teruel el corazón*»¹⁷. Con *fray Villuendas* el joven notario compartió largos ratos de conversación, en uno de los que le confió que su diócesis comprendía «sólo hasta donde terminan los olivos y comienzan las aliagas», porque el resto de la provincia pertenecía a la archidiócesis de Zaragoza. Linage repite que para él la antigua división diocesana tenía un mayor encanto que la actual, que las hace coincidir con los anodinos límites provinciales.

En cualquier caso, Teruel conserva un lugar entrañable en la memoria vital de Antonio porque estando allí se casó. Conoció a la que sería su mujer en Albarracín. Catalina González Feliú, que vivía en Valencia, había ido a pasar unos días a la casa del registrador de la propiedad dado que era íntima amiga de su esposa desde que iban juntas al colegio. El enamoramiento fue a primera vista y no cabe dudar de que algo debió ayudar aquel fascinante conjunto urbano, muy justamente declarado Patrimonio de la Humanidad. Unos meses después, ya en 1961, Antonio y Catalina contraían sagrado matrimonio en la capilla del Santo Cáliz de la catedral de Valencia.

¹⁷ <http://xiloca.org/xilocapedia/index.php?title=Villuendas_Polo,_Le%C3%B3n> [consultado el 12/1/2017].

Aunque el matrimonio fijó su residencia en Teruel, Linage se organizó para simultanear la notaría y alcanzar el doctorado en Derecho en la universidad valentina. Hizo su tesis sobre la personalidad internacional de la Santa Sede, dirigido por el profesor Miaja¹⁸, «un hombre muy culto además de una gran persona» al que, sin embargo, no le gustó del todo el tema, y no por motivos religiosos, sino porque pensaba que ya estaba pasado de moda. Pero luego, «al ver el desarrollo que hice de la tesis, sí que le gustó». Con todo, nunca llegó a publicarse porque «no había facilidad para hacerlo, además de que para esas cosas soy muy dejado», tanto que no conserva ni una copia, aunque sabe que hay una en la biblioteca del monasterio de Montserrat.

Además, azuzado por su inquietud intelectual, aprovechó aquella primera década de los sesenta, cuando el país estaba despegando económicamente —«el milagro económico español»—, para sacar la carrera de Filosofía y Letras, en la especialidad de Historia, «porque en Valencia no había Filología». De lo cual no se arrepiente, ya que la formación que adquirió le ha venido muy bien para desarrollar luego sus investigaciones, también en el campo filológico. Iba en tren ya que así podía aprovechar mejor el tiempo y no es para menos porque el talgo tardaba «tan solo» seis horas en recorrer los ciento cincuenta kilómetros que separan ambas ciudades.

Considera que aquella era una buena Facultad, según algunos la mejor de España en aquel momento. Recuerda, de comunes, al profesor don Miguel Dolç¹⁹, de latín y griego, «con pretensiones un poco aristocráticas»; y ya en la especialidad al profesor Jover²⁰, de Historia contemporánea, un hombre muy agudo de amplísima apertura cultural; a Reglà²¹ de Moderna, y, por supuesto, a

¹⁸ Adolfo Miaja de la Muela (Valladolid, 7/7/1908 – 16/6/1981) fue un destacado internacionalista, autor de importantes publicaciones, que desempeñó la docencia en las universidades de Valladolid y Santiago de Compostela y, tras sufrir cárcel y represalias tras la Guerra Civil, en la de Valencia a partir de 1953 hasta su jubilación.

¹⁹ Miguel Dolç i Dolç (Santa Maria del Camí, 4/12/1912 – Madrid, 27/12/1994), fue, además de catedrático de Lengua y Literatura latinas en la universidad de Valencia, filólogo, crítico literario y poeta en lengua catalana.

²⁰ José María Jover Zamora (Cartagena, 5/6/1920 – Madrid, 14/11/2006) es considerado como el gran renovador de la historiografía de la España contemporánea, reflejando en su obra la influencia de la Escuela de los Annales y del famoso historiador Jaime Vicens Vives. Profesor en la universidad de Valencia y, luego, de la Complutense de Madrid, dirigió desde 1975 la *Historia de España* iniciada por Ramón Menéndez Pidal.

²¹ Joan Reglà i Campistol (Báscara, 27/7/1917 – San Cugat del Vallés, 27/12/1973) fue desde 1959 catedrático de Historia Moderna de España de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia. Discípulo de Vicens Vives, centró su investigación en la historia de la Corona de Aragón.

Ubieto, el insigne medievalista. Don Antonio Ubieto²² era un hombre singular. Con él hizo, por primera vez, el Camino de Santiago: «Jornadas gratificadamente abrumadoras, disciplinas horarias mantenidas mediante multas. No sé de qué iglesia de la ruta arrancó el ocurrente Ulises un ostentoso impreso petitorio de limosna para la calefacción, que nos acompañó el resto del camino como insignia, en la cabecera del autobús. Hubo canciones, algunas improvisadas sobre aquellas gentes y cosas. Aún se cantaba entonces en ocasiones como ésa». Y el momento emocionante de la llegada a la catedral compostelana, con «el botafumeiro y la cariñosa recepción del cardenal Quiroga».

Antonio [Linage] vuelve a ver a don Antonio [Ubieto] «en la pequeña imprenta que se montó en un rincón de la Facultad [de Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia], todavía en la calle de La Nave, para empezar su tarea editorial de textos medievales. Hay que reconocer que padecía la obsesión documentalista y hacía hincapié en los ataques a los grandes maestros, si bien con alguno a la fuerza tenía que quedarse corto. Pienso en don Ramón Menéndez Pidal, tratando de hacer vertebrar España al Cid, que no pasó de ser en la historia uno de tantos señores de la guerra por su cuenta, y en la epopeya un personaje escasamente imaginativo. La franqueza, no voy a decir baturra, aunque él lo era, de don Antonio, no tenía límites. Cuando nos ofrecieron el botafumeiro, se apresuró a preguntar a qué le obligaba. Y al informar al ayuntamiento de Nájera de su edición de la *Crónica Najerense*, lo hizo en una carta en la cual daba por supuesto que el interés de sus ediles estaba en el pimentón. Ellos reaccionaron comprándole cincuenta ejemplares. Era tímido y pasó su carrera erudita solitario»²³.

Desgraciadamente aquellos años de la carrera de Letras duraron casi lo mismo que su matrimonio con Catalina. Cuando finalizaba, ella murió. Era su tercer parto y las cosas se complicaron. Corría el año 1966 y Antonio quedaba viudo y con tres niños pequeños: Rafael Beda Wilibrordo, Juan Pablo Benito y Antonio Enrique Odilón, este último recién nacido. Lo recuerda ahora cuando ya es bis-

²² Antonio Ubieto Arteta (Zaragoza, 31/3/1923 – Valencia, 1/2/1990) es uno de los más conocidos medievalistas españoles de los últimos tiempos. Catedrático de Historia Medieval en la universidad de Valencia desde 1958 a 1977, sustituyó en dicho año a su maestro José María Lacarra en la cátedra de la universidad de Zaragoza, en la que se jubiló en 1988. Destaca por la edición de documentos y textos de la Edad Media sí como por los estudios filológicos, como el realizado sobre el *Cantar del mío Cid*.

²³ *Mi Diario*, en <<http://antoniolinage.blogspot.com.es/2010/10/diario-del-camino-de-santiago.html>>. De Ubieto sigue diciendo que «fue uno de los más afectados por la rebelión salvaje de los alumnos en aquellos negros años, anti sí, pero no antifranquistas como era su disfraz. Se fue a Zaragoza y viéndose muy enfermo, en busca de médicos amigos, volvió a Valencia para morir».

abuelo. Y destaca, con orgullo, que todos han heredado el amor por los libros. Porque Linage es, por encima de cualquier otra cosa, amigo de los libros. Los libros son sus amigos. Lo cual le lleva a confesar que aunque «acaso alguna vez yo haya podido dar la impresión de lejanía debido a mi inmersión en el mundo de los libros, os aseguro que no ha sido así. El abate Bremond²⁴ lo dijo a propósito de los valores humanos de los benedictinos mauristas: *El polvo de las bibliotecas no seca el corazón*». Lo sabe por experiencia, quien reconoce ser devoto del libro y haberlo sido, incluso, de las encuadernaciones²⁵. Y quien conformó una estupenda biblioteca de historia de la Iglesia, especializada en temas monásticos, donada recientemente en su mayor parte a la Universidad Eclesiástica de San Dámaso de Madrid.

Todavía vivía Catalina cuando, aprovechando unas oposiciones, se trasladó de Teruel a Salamanca. De nuevo en Castilla, y al calor de su vetusta universidad, continuó su trabajo intelectual. Comenzó ahora su tesis en Letras, bajo la dirección de don Manuel Díaz y Díaz²⁶, otro nombre insigne entre los medievalistas hispanos. «Era un hombre maravilloso –insiste por tres veces–, inmenso en su *latinidad*» y reconoce que le vino «como anillo al dedo porque, en la mayoría de las facultades, el latín se reducía a Virgilio, Horacio y Ovidio. Lo cual –es curioso– ocurría incluso en los seminarios y centros religiosos, donde sólo se estudiaba latín clásico y parece que se avergonzaban del latín eclesiástico».

Los recuerdos que conserva de Salamanca son muy gratos. Llega, incluso, a considerarse una especie de «niño mimado» de la Universidad, al que se le

²⁴ Henri Bremond (Aix-en-Provence, 31/7/1865 – Arthez-d'Asson, 17/8/1933). Escritor, ensayista y poeta. Ingresó en la Compañía de Jesús, pero tras una violenta crisis la abandonó en 1904, integrándose en el clero secular de la diócesis de Aix-en-Provence. Resulta de gran interés su pensamiento sobre el sentimiento religioso, la experiencia estética y la literatura, cuyo máximo exponente es su voluminosa obra, en once tomos, titulada *Histoire littéraire du sentiment religieux en France* (1916-1936). Muy interesado por el movimiento literario del *modernismo*, es el creador del concepto de *poesía pura*, si bien luego fue derivando hacia el romanticismo. En 1923 ingresó en la Académie française.

²⁵ Poseía una importante colección de libros con encuadernaciones valiosas, que ha legado a la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid: <https://bibliotecalazarogaldiano.wordpress.com/2016/12/30/coleccion-de-encuadernaciones-artisticas-de-jose-antonio-linage-conde-en-la-biblioteca-lazaro-galdiano/>

²⁶ Manuel Cecilio Díaz y Díaz (Mugardos, 14/8/1924 – Santiago de Compostela, 4/2/2008), fue un renombrado filólogo, escritor, medievalista y catedrático de Filología Latina en las universidades de Valencia (1953-1956), Salamanca (1956-1968) y Santiago de Compostela desde 1968 hasta su jubilación. Gran especialista en el latín medieval, publicó en 1959 el *Index scriptorum latinorum medii aevi hispanorum*. Antonio Linage confeccionó la *Bibliografía del prof. Manuel C. Díaz y Díaz*, en *Studia monástica*, 12 (1970), pp. 317-328.

consentían cosas singulares como asistir a las cenas de la Facultad de Medicina sin pertenecer a ella. Quizás de ahí provenga la *quasi* veneración que profesa a los médicos: «Siempre los he reverenciado. No me explico cómo ahora va la gente al médico como si fuera un enemigo, porque se están tirando cantos contra su tejado ya que se están privando de un factor terapéutico tan importante como es la propia relación del médico con el enfermo».

En Salamanca trabó contacto con Lázaro Carreter²⁷, más tarde Presidente de la Real Academia de la Lengua, «un hombre muy inteligente, decían que muy sarcástico, pero que a mí me trató muy bien». Conoció también a Manuel Fernández Álvarez²⁸, que enseñaba Historia Moderna, y a Artola²⁹, de Contemporánea, con los que llegó a tener amistad aunque no tanta conexión intelectual como con Díaz y Díaz, que fue quien más influencia ejerció en él.

Con la publicación en 1973 de su tesis sobre *Los orígenes del monacato benedictino en la península ibérica*³⁰, en tres tomos, y el posterior volumen titulado *El monacato en España e Hispanoamérica*³¹, de 1977, Antonio Linage alcanzó el renombre que luego ha mantenido de gran medievalista y máximo exponente en el campo de la investigación sobre el monacato hispano. De hecho, se define a sí mismo más que como *medievalista*, «como un escritor, cuya obra –la inmensa mayoría– ha sido sobre historia de la Iglesia». Ciertamente sus comienzos se centraron en la historia medieval pero de ahí fue pasando a la historia de la Iglesia,

²⁷ Fernando Lázaro Carreter (Zaragoza, 13/4/1923 – Madrid, 4/3/2004) fue director de la Real Academia Española desde 1992 a 1998. Discípulo de José Manuel Blecuá, realiza su doctorado en Filología Románica bajo la dirección de Dámaso Alonso. En 1949 gana la cátedra de Gramática General y Crítica Literaria en la universidad de Salamanca, pasando en 1971 a la Autónoma de Madrid, y desde 1978 hasta su jubilación en 1988 fue catedrático de Lengua Española en la Complutense.

²⁸ Manuel Fernández Álvarez (Madrid, 7/11/1921-Salamanca, 19/4/2010) es considerado una autoridad en los estudios sobre la España del siglo XVI. En 1965 gana la cátedra de Historia Moderna en la universidad de Salamanca. Recibió el Premio Nacional de Historia de España en 1985 y desde 1987 fue miembro de la Real Academia de la Historia.

²⁹ Miguel Artola Gallego (San Sebastián, 12/7/1923) es un historiador que ha centrado su investigación sobre la época de transición del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa liberal en España. Obtuvo la cátedra de Historia de España en la Universidad de Salamanca en 1960, pasando en 1969 a desempeñar la misma cátedra en la recién creada Universidad Autónoma de Madrid. En 1981 ingresó en la Real Academia de la Historia y en 1986 fue elegido presidente del Instituto de España.

³⁰ *Los orígenes del monacato benedictino en la península ibérica*: vol. I: *El monacato hispano prebenedictino*; vol. II: *La difusión de la «Regula Benedicti»*; vol. III: *Monasticon Hispanum. Apéndices*, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, León, 1973, xx-474; 475-1100; 584 pp., 14 mapas y 9 láminas.

³¹ *El monacato en España e Hispanoamérica*, Instituto de Historia de la Teología Española, subsidia 5, Salamanca, 1977, 776 pp.

dedicándose sobre todo a la historia del monacato benedictino. A propósito de lo cual piensa que el historiador tiene que tener cintura para pasar de un ámbito a otro manteniendo su campo específico de especialización.

No sabe muy bien qué le llevó a centrarse en el monacato: «Tendría que psicoanalizarme», aunque sospecha que quizás, «tan falto yo de familia desde la orfandad y lo posterior, ¿la compensación en la inmersión en esa familia grande que es una orden religiosa?». Lo cierto es que recuerda que cuando estudiaba el bachillerato ya le impactaron los grandes abades de Cluny; pero fue más adelante cuando se planteó de manera formal que la regla benedictina era, «hasta cierto punto, la mejor organización posible de la vida». Los monjes le atrajeron porque, de algún modo, pueden representar un ideal de humanidad, y en este sentido está plenamente de acuerdo con el Premio Nobel de Medicina Alexis Carrel³² al afirmar que «los tipos humanos más acabados, perfectos e interesantes son los santos católicos».

Los quince años transcurridos en Salamanca, de 1965 a 1980, permitieron a Linage darse cuenta de la profunda transformación que estaba experimentando la sociedad española, cuyo mejor reflejo era la universidad. Vivió en primera persona las revueltas estudiantiles de comienzos de los setenta, que llegaban como un eco del mayo del 68 francés. Para entonces él ya daba clases como profesor de Historia de la Edad Media y confiesa que aquel mal ambiente que se fue creando «me amargó aquellos años universitarios». Y quiere precisar que, a pesar de lo que ahora se dice, «aquella rebelión no fue tanto contra el régimen franquista, aunque para algunos este era el objetivo, sino fundamentalmente contra el mismo sistema universitario del momento». Y pone algún ejemplo: «Se pidió con insistencia, y se consiguió, que en lugar de estudiar griego se estudiara literatura griega, –por cierto, con unos apuntes de quiosco–. Y me pregunto, ¿esto era una revuelta antifranquista? ¿Es que Franco era Aristóteles o Platón?».

Según Linage, en los últimos años del franquismo la efervescencia social se notaba cada día más en las aulas, donde se padecían las consecuencias de la confusión reinante. Como muestra, refiere una anécdota sucedida al profesor Juan Reglà en la universidad de Barcelona, a quien unos profesores jóvenes le preguntaron si había leído a Marx: «No, no he leído a Marx; con venir a la cafetería y

³² Alexis Carrel (Sainte-Foy-lès-Lyon, 28/6/1873 – París, 5/11/1944). Biólogo, médico, investigador y escritor francés galardonado con el premio Nobel de Medicina en 1912. Fue también condecorado con la Ordre national de la Légion d'honneur y designado miembro de la Accademia de Lincei (Pontificia Academia de Ciencias). En mayo de 1902 fue testigo ocular de una curación milagrosa en el santuario de Nuestra Señora de Lourdes, que le llevó del escepticismo a la fe.

escucharos a vosotros ya no me hace falta». No obstante, a nivel intelectual cree que apenas afectaba «porque intentábamos mantenernos por encima».

Pasando a un plano mucho más íntimo, en 1977 Antonio contrajo segundas nupcias con Carmen, enfermera al igual que la difunta Catalina. Se conocieron en Estambul, durante un crucero. Lo que no puede resultar extraño conociendo la afición de Linage por los viajes culturalmente interesantes que le ha llevado a pisar aquellos lugares que han sido escenario privilegiado de la historia. «Tremenda la falsedad de la opinión de que el dinero gastado en los viajes no queda, a diferencia del invertido en cosas materiales. ¿Nosotros no tenemos ya para siempre las memorias de cada viaje realizado, no somos gracias a ellas más ricos?». A partir de esta premisa, resulta fácil comprender que haya dos constantes en su vida: «el entusiasmo hasta el fanatismo por la tierra nativa y la curiosidad devoradora y desbordante hacia todas las demás».

Pero, ¿cuál es su lugar predilecto, su ciudad favorita y siempre añorada? Edimburgo, Viana do Castelo, Braga o Brujas. También tiene su propia lista de países, a los que «tenía un deber de ir»: Egipto «porque es Egipto», México «porque pienso que es donde nos habríamos ido a vivir tras la guerra si no hubiera muerto mi padre», Cuba «porque todavía he conocido veteranos de la Guerra». Políglota y viajero incansable, Linage ha recorrido todo el orbe llegando incluso a las antípodas, Nueva Zelanda, aunque reconoce que todavía le falta visitar las Islas Samoa. Disfruta recordando que en Australia tuvo la oportunidad de conocer la gran ciudadela monástica de Nueva Nursia.

Mas no anda solo los caminos exteriores sino que cultiva con pasión el conocimiento de la tierra hispana, de sus regiones, ciudades y villas. Recuerda con intensidad su descubrimiento de Andalucía a raíz de un viaje a Sevilla para vivir su afamada Semana Santa en 1957, una experiencia «espléndida» y muy distinta de la austera celebración castellana que conocía desde sus años de infancia. Luego la vida le ha ido vinculando a algunas localidades como Alcalá la Real, donde se le dedicó un caluroso homenaje coordinado por Adela Tarifa³³.

En 1980 culmina la carrera del notario accediendo a Madrid, «patria común, a donde caben todos» en palabras de Quevedo³⁴, si bien es cierto que la capital del Reino ya no era lo que había sido. Asegura que cuando comenzó, «el notario que pudiendo estar en Madrid no lo estaba era por un motivo muy poderoso. Sabíamos todos quiénes eran. Tan sólo tres: Había uno, soltero con más de setenta años, que

³³ Fruto del cual es la publicación de la *Biobibliografía* citada en la nota nº 1.

³⁴ Francisco de Quevedo, *La vida del buscón llamado don Pablos*, edición de Pura Fernández y Juan Pedro Gabino, Akal, Madrid, 1996, 135.

nunca quiso salir de su pueblo, Torrevieja en Alicante; otro era el *pontífice* de Zaragoza, respetado y muy querido; y el tercero, que estaba en Melilla, sospechábamos que estaba allí desterrado por motivos disciplinarios». Y continúa refiriendo que una vez el ministro José Luis Álvarez³⁵ le dijo que «la mejor notaría de España [era] cualquiera de Madrid», a pesar de que las cosas han ido cambiando, mucho más en los últimos años previos a su jubilación en el año 2001. Confiesa que lo sintió porque ya había consolidado la notaría, «no económicamente, que para eso fui siempre un desastre, sino por cuanto ya tenía clientes que más bien eran amigos».

Para este momento Linage Conde ya era mucho más conocido como historiador que como notario. Las publicaciones, iniciadas en 1965, aumentaron exponencialmente hasta alcanzar cifras asombrosas. La *Biobibliografía* publicada en el año 2000, en su segunda edición, refería junto con una treintena de monografías nada menos que 370 artículos científicos, 253 reseñas y cerca de 500 colaboraciones en otro tipo de publicaciones³⁶. Y, puede asegurarse, conociendo la minuciosidad con la que trabaja su autor, que en este caso la cantidad no ha ido en detrimento de la calidad.

Entre todas destaca su obra magna, dedicada a la historia del monacato benedictino bajo el título de *San Benito y los benedictinos*³⁷. No recuerda muy bien cómo entró en contacto con monseñor Manuel Vaz Coutinho³⁸, rector del santuario de San Bento da Porta Aberta, «dicen que el santuario más concurrido de Portugal después de Fátima», que fue quien le encargó redactar la historia general de los benedictinos, sufragando la edición la cofradía del santo³⁹. «En-

³⁵ José Luis Álvarez (Madrid 1930) fue ministro los años 1981 y 1982 en los gobiernos de Adolfo Suárez y Leopoldo Calvo-Sotelo. Formó parte de la comisión mixta encargada de la redacción de los Acuerdos entre España y la Santa Sede que se firmaron en 1979. En 1993, ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

³⁶ El portal Dialnet, sin carácter exhaustivo, presenta las siguientes cifras para el periodo comprendido entre 1968 y 2016: 197 artículos en revistas científicas, 118 colaboraciones en obras colectivas y 26 monografías: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=125757>>.

³⁷ *San Benito y los benedictinos*, 7 tomos, Irmandade de S. Bento da Porta Aberta, Braga, 1993, XXVI+4472 pp.

³⁸ Monseñor Manuel Vaz Coutinho (Ceivães-Monção, 24/5/1921 – Braga, 31/10/2014) recibió la ordenación sacerdotal en la diócesis portuguesa de Braga en 1944, siendo nombrado profesor y ecónomo del Seminario. Más adelante asumió el encargo de gestionar económicamente la empresa del *Diário do Minho* así como de las hermandades de S. Bento da Porta Aberta y de Nuestra Señora da Lapa. En 1964 recibía el título de monseñor.

³⁹ La idea original era publicarla en portugués, pero finalmente apareció también en castellano, idioma en el que había sido escrita. Más datos sobre la génesis de esta magna obra pueden verse en una conversación con los profesores Jean Lauand y Mario Sproviero para la revista brasileña *Notandum*: <<http://hottopos.com/notand2/linage.htm>>.

tonces ya me lié. Fueron siete años de trabajo» que bien puede calificarse –con propiedad– de benedictino, especialmente por lo que se refiere a los índices, «terribles, a base de fichas a mano». La obra, con 4.500 páginas en siete tomos, se ha convertido en una referencia obligada, citada incluso por los historiadores de la abadía de Solesmes. En ella se observa el aprecio que Linage tiene por historiadores como dom Philibert Schmitz⁴⁰, dom Leclercq⁴¹ (al que conoció en Clervaux en 1958, siendo éste el hospedero) o dom Colombás⁴².

Las críticas alabaron de manera unánime el trabajo realizado. Otro medievalista de la talla de José Orlandis señalaba, a propósito, en estas mismas páginas de *Anuario de Historia de la Iglesia* que «es muy poco frecuente dar noticia de la aparición de una obra de las características y la extensión de la que acaba de publicar el Dr. D. Antonio Linage Conde. Los que conocemos y apreciamos al autor sospechábamos desde hace muchos años que este gran jurista y eminente historiador era el máximo estudioso contemporáneo en ciencia monástica, no ya de España sino tal vez del mundo. Esta obra colosal, que veníamos esperando desde hace largo tiempo, ha venido a disipar cualquier posible duda y a confirmar definitivamente aquella sospecha», de manera que está «destinada desde ahora a convertirse en un clásico de la historia monástica»⁴³.

Linage pone en pie la historia global, en sentido amplio, del *benedictismo* desde su padre y fundador, san Benito, hasta la actualidad dividiéndola en tres

⁴⁰ Dom Philibert Schmitz, OSB (Bruselas, 15/9/1888 – Maredsous, 9/12/1963), fue un monje de la abadía belga de Maredsous, conocido principalmente por ser el autor de la gran *Histoire de l'Ordre de Saint Benoît*, aparecida entre 1935 y 1956. Impartió clases de historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y trabajó como perito durante el Concilio Vaticano II, en la comisión sobre la Sagrada Liturgia.

⁴¹ Dom Jean Leclercq, OSB (Avesnes, 31/1/1911 – Clervaux, 27/10/1993) fue monje de la abadía de Clervaux en Luxemburgo. Ha sido uno de los principales especialistas sobre la figura y la obra de san Bernardo. Fue profesor de la Universidad Gregoriana y su obra principal lleva por título: *L'amour des lettres et le désir de Dieu. Initiation aux auteurs monastiques du Moyen Âge*. Su relación con Antonio Linage en sus artículos *Dom Jean Leclercq y las letras monásticas*, en *Studia monástica*, 34/2 (1992), pp. 315-358, y *Mis cartas con dom Jean Leclercq*, en *Studia Monastica*, 49 (2007), pp. 307-340.

⁴² Dom García de Cisneros María [Benito] Colombás Llull, OSB (Palma de Mallorca, 11/12/1920 – Montserrat, 1/7/2009) fue un monje de la abadía de Montserrat. Historiador del monacato, fundó en 1959 la revista *Studia Monastica* (que dirigió hasta 1965), la Sociedad de Estudios Monásticos en 1962 y, durante su estancia en el monasterio de El Paular, la revista *Yermo*, en 1963. Su principal obra lleva por título *El monacato primitivo*, BAC, Madrid, 1974. Sobre este autor, Linage ha escrito el artículo *La aportación de dom García María Colombas a la historia del monacato femenino*, en *Studia Monastica*, 31/1 (1989), pp. 167-180, así como un amplio *in memoriam* en *Studia monástica*, 54/2 (2012), pp. 401-433.

⁴³ AHIg, 6 (1997), pp. 520-522.

partes, dedicando dos tomos a cada una de ellas: en primer lugar, la Edad Media, donde refleja el hecho fundacional y sus protagonistas, el asombroso desarrollo del monacato benedictino en Occidente, hasta conformar *la Europa de los monasterios*, deteniéndose luego en «la realidad cotidiana de los monasterios medievales, el hábito, la hospitalidad, la medicina, la Teología, las letras sagradas y profanas cultivadas en los cenobios son cuestiones expuestas con minuciosidad por el autor; y ello no sólo en los monasterios masculinos, sino también en los de mujeres, que son siempre objeto de particular atención», así como la fecundidad benedictina que da lugar a nuevas fundaciones como Cluny, el Cister o la Camaldula. Los dos tomos correspondientes a la Edad Moderna analizan «la época de la eclosión de las congregaciones, instrumentos de concentración y articulación monástica, a nivel nacional o regional», siendo también «la hora del esplendor arquitectónico de los soberbios monasterios y las deslumbrantes iglesias barrocas del Catolicismo centroeuropeo». Traza, a continuación, «la penosa historia de las secularizaciones de monasterios, llevadas a efecto por el poder civil, enemigo de la vida religiosa desde la Reforma luterana hasta el nacionalsocialismo alemán y las democracias populares marxistas». Por esta razón el capítulo que abre el tomo V —el primero correspondiente a la Edad Contemporánea— lleva el significativo título de *Succisa virexit*, y en él se recoge «la apasionante epopeya de la restauración, o si se quiere de la resurrección, de la vida monástica a lo largo de los siglos XIX y XX»⁴⁴.

Refiriéndose, precisamente, a esos tiempos, le decía dom Leclercq que la generación anterior a la suya, la que llevó adelante la restauración benedictina, fue la «gran generación. La restauración benedictina del siglo XIX fue magnífica, esplendorosa. Dios escribe derecho con renglones torcidos. Me siento tentado a decir que fue, en cierto sentido, la recompensa, el fruto de la brutal extinción de la orden, con una exclaustación terrible que supuso un daño terrible no solo a la propia institución monástica sino a toda la Iglesia. Con todo, algo positivo tuvo, según me decía el historiador premostratense, padre Backmund⁴⁵; fue como una poda no del todo mala».

Esta estrecha relación con el monacato benedictino le ha convertido también en un apasionado del canto gregoriano, del que logró reunir una colección

⁴⁴ Orlandis, *loc. cit.*

⁴⁵ Norbert Backmund, OPraem (Würzburg, 23/9/1907 – Windberg, 1/2/1987), fue monje de la abadía bávara de Windberg e historiador de su orden. Entre sus publicaciones destaca, como «obra maestra» según Linage, *Monasticon praemonstrense*, en tres volúmenes publicados entre 1949 y 1960.

muy amplia y selecta desde sus tiempos de Teruel y Salamanca. Y su dedicación a la historia eclesiástica le ha llevado, de igual modo, a conocer y tratar a numerosas personalidades de este campo como, además de quienes ya han ido apareciendo líneas arriba, el P. Anselmo Albareda⁴⁶, fray Justo Pérez de Urbel⁴⁷ o Ricardo García Villoslada⁴⁸. Reconoce que se ha sentido aceptado y bien tratado en este mundo, no siempre fácil, de los historiadores de la Iglesia.

Ya en Madrid la vida social de Antonio Linage se enriqueció mucho, pasando de su antiguo retraimiento a una actividad habitual en variadas asociaciones como la de *Amigos de los castillos*, del *Archivo Histórico Nacional*, o de la *Capa española*, la *Sociedad Cervantina*, la *Peña Teatral Chicote* (fundada por Jacinto Benavente), la *Asociación Española de Estudios Medievales*, la de *Cronistas oficiales*,

⁴⁶ Anselmo María Albareda y Ramoneda, OSB (Barcelona, 16/2/1892 – 19/7/1966) fue un monje de la abadía de Montserrat, de la que publicó su *Història* (1931). Estudió en la Scuola Vaticana di Paleografia, Diplomatica e Archivistica y en la universidad de Friburgo de Brisgovia bajo la dirección de Heinrich Fincke. En 1936 fue nombrado Prefecto de la Biblioteca Vaticana. En 1951 recibió el título honorífico de abad *nullius* de Ripoll y en 1962 el papa Juan XXIII le elevó a cardenal.

⁴⁷ Justo Pérez de Urbel, OSB, (Pedrosa de Río Urbel, 8/8/1895 – Valle de los Caídos, 29/6/1979) fue el primer abad del monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Profesó en el monasterio de Silos y, durante la Guerra Civil, entró en contacto con Pilar Primo de Rivera, que lo tomó como asesor. A partir de ahí comenzó una estrecha relación con el régimen franquista hasta alcanzar los cargos de consejero nacional del Movimiento y procurador en Cortes. Su labor en el campo histórico se centró fundamentalmente en la historia medieval de España, de la que fue catedrático en la universidad de Madrid. Su producción literaria es muy amplia, con 71 libros y más de 700 artículos y publicaciones de variada gama, extendiéndose a otros ámbitos, como la biografía, la hagiografía, o la espiritualidad. Durante muchos años fue uno de los «historiales oficiales» de España. Linage tuvo oportunidad de tratarle (lo conoció en Sepúlveda e, incluso, le ayudó a Misa) y recuerda haber coincidido con él en un congreso sobre las órdenes militares, celebrado en Portugal en el año 1971, durante el cual se culminaron las gestiones para obligarle a renunciar a su cargo de abad del Valle de los Caídos. Recuerda también que «era un hombre muy simpático», al que «se le pueden hacer muchas críticas, pero de eso a que su obra no tenga ningún valor, va un abismo». Por otro lado, «la prosa con que escribía es una maravilla, por ejemplo las *Semblanzas benedictinas*, o la propia *Historia del condado de Castilla*».

⁴⁸ Ricardo García Villoslada, SI (Los Arcos, 26/4/1900 – Loyola, 7/1/1991). Ingresó en la Compañía de Jesús en 1916, estudiando Ciencias Históricas en la Universidad de Múnich (1931-33) e Historia Eclesiástica en la Universidad Gregoriana (1933-34), donde se doctoró. En 1940 comenzó a impartir clases de Historia de la Iglesia en la Universidad de Salamanca y desde 1948 hasta su jubilación en 1975 en la Universidad Gregoriana de Roma. Fue uno de los directores de la *Historia de la Iglesia* publicada en cuatro tomos por la Biblioteca de Autores Cristianos, así como de la *Historia de la Iglesia en España*, para la que solicitó un capítulo a Linage sobre el monacato. Entre su extensa producción destacan también algunas biografías como la de Lutero o la de san Ignacio de Loyola. Nota característica de su producción literaria es la elegancia de su estilo.

numerosas *casas* y *centros* regionales asentados en Madrid, y otras tantas que «casi» le llevan a avergonzarse de enumerarlas todas, sabiendo que en varias de ellas incluso ha ocupado cargos directivos. Y sin abandonar el mundo de la docencia, pues continuó impartiendo clases en la Facultad de Derecho de la Universidad CEU San Pablo. Académico correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Jurisprudencia y Legislación, de la de San Quirce de Segovia, de la Hispanoamericana de Cádiz, de la de Buenas Letras de Barcelona, y de la de Ciencias Veterinarias de Sevilla, ha sido objeto en los últimos años de numerosos homenajes, como el multitudinario que le tributó en 2008 su querida villa de Sepúlveda, de la que es Cronista Oficial, al concederle la distinción de *hijo predilecto*.

Ha llegado a los 85 años de manera verdaderamente admirable y con una memoria capaz de deslumbrar a cualquiera. A estas alturas de la vida sus rasgos más notables se han afianzado y remarcado si cabe. Entre ellos su condición de sepulvedano. Se ha fundido tanto con su villa natal, que ha sido capaz de adquirir esa noble quietud que permite atrapar el tiempo y la historia. Por eso, Antonio Linage es un fragmento de la historia de Sepúlveda. Como los viejos escribas de los escritorios medievales ha recogido pacientemente los datos, con sabiduría ancestral, para legarlos a las generaciones venideras.

Por otra parte, Antonio gusta decir de sí mismo que morirá «católico penitente y barroco impenitente». No se avergüenza de reconocer que es su estilo artístico favorito: «Me escandalizo del desprecio que hay entre nosotros hacia el Barroco». Resulta curioso, al menos, en alguien que se ha dedicado a estudiar en profundidad la Edad Media y, singularmente, el monacato, donde florecieron de manera especial el Románico y el Gótico. Asegura que esta predilección por el Barroco desconcertaba un tanto a dom Colombas, quien sin embargo encontró una explicación: «Decía que a las gentes sencillas les gusta lo complicado y que a los complicados les gusta lo sencillo. Concluyendo, por tanto, que yo era sencillo. Yo no lo creo, ¡qué más quisiera yo ser sencillo! Por el contrario, aseguraba de sí mismo que era complicado y que por eso le atraía especialmente el estilo románico».

Linage sostiene que su «entusiasmo por el Barroco y mi *horror vacui* llegan a tanto que, cotejados con la tan distinta sensibilidad hacia él de sus enemigos iconoclastas, me hacen meditar en torno a ese misterio de las diferencias tan marcadas en la especie humana. Lo mismo aplico a mi complacencia en las mezclas de estilos, y en las delicias de lo complicado. ¿Hay que simplificar? De habérselo propuesto nuestros antepasados estaríamos en Atapuerca». Y, prosigue: «Hay algunos que dicen que solo les gusta el Románico, pero a mí eso

me parece imposible porque la persona que tiene sensibilidad artística aprecia todos los estilos». En Sepúlveda, por ejemplo, «se ha encajado perfectamente el magnífico retablo mayor barroco en el ábside románico de la iglesia de la Virgen de la Peña».

Una vez más volvemos a la villa segoviana. Cuando está allí –que es siempre que puede– le gusta ir a Misa en esa iglesia de la Virgen de la Peña, la patrona, donde desde hace siglos los sepulvedanos invocan a la Madre. Con Salvador de Madariaga⁴⁹ (que se declaraba agnóstico), cree que «el culto mariano es de lo que más humanidad y gracia da a la Iglesia Católica», recordando aquella impresión manifestada por su antiguo profesor Miguel Dolç suscitada en la abadía de Montserrat al contemplar a los monjes, «aquel número considerable de hombres, y la mayoría eminentes, cantando a una mujer»⁵⁰.

En esta iglesia asegura que se le aglomeran, a este extremo de la andadura, múltiples recuerdos. «Mi misa vespertina de los sábados (...) Mi sitio acostumbrado es el penúltimo banco del lado de la epístola, junto a la escalera del coro, al lado del muro». Y vuelve a añorar la solemnidad de la liturgia antigua: «En los tiempos de la liturgia latina, era sugestiva su presencia universal y universalizada en los rincones más humildes e íntimos, tanto como sus más esplendentes fastos. Recuerdo cuánto complació al hispanista Maurice Legendre, el señor de la Peña de Francia, oír en las Hurdes, aquellas Hurdes del viaje de Alfonso XIII y el cardenal Segura, las tres misas del día de Ánimas. Ahora, en circunstancias como esta tan doméstica de hoy, la lengua cotidiana se adapta a la solemnidad ritual con una virtud nueva, aunque a mí no logre cancelarme la nostalgia incurable y perenne de la otra».

Y se distrae. «Que aún las mujeres hermosas me hagan sentirme culpable de no estar exclusivamente atento al rito y mirando nada más que a la Patrona, es el único asidero a la voluntad de vivir, de seguir viviendo. (Después he contado esto en confesión. El confesor me dijo que ese trueque de valores era excusable, porque una criatura viva es más llamativa que una estatua. No me esperaba tanta benignidad)».

⁴⁹ Salvador de Madariaga (La Coruña, 23/7/1886 – Locarno, 14/12/1978) fue un diplomático y escritor español, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y de Justicia durante la II República. Exiliado tras la Guerra Civil en el Reino Unido, fue un activo opositor tanto del comunismo soviético como del franquismo. Retornó a España en 1976. Fue miembro de la Real Academia Española y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Como escritor cultivó diversos géneros: ensayo histórico y político, crítica literaria, novela, biografía o poesía.

⁵⁰ Antonio LINAGE CONDE, *Fecundidad de la otra orilla. Notas de un viaje al Cono Sur*, en *Nova et vetera*, 47 (1999), p. 105.

Ahora dedica sus días a continuar una labor investigadora nunca interrumpida. Sigue disfrutando del placer de la lectura, sin complejos. «El Espasa sigue siendo una de mis debilidades, aun reconociendo sus tremendos defectos». Y recuerda el gozo que le produjo encontrarlo en la Biblioteca Nacional de Finlandia, en Helsinki. Califica como «una pedantería estúpida la de algunos profesores que ven casi como una cosa negativa la consulta del Espasa». Le pese a quien le pese, todavía hay cosas que aparecen en el Espasa y no se encuentran ni siquiera en internet. Se maneja bien con las nuevas tecnologías pero no le apasionan. No ve casi la televisión (piensa que lo mejor que ha habido fue el programa *Cesta y Puntos*⁵¹) pero está perfectamente informado de todo lo que sucede en este mundo cada vez más globalizado.

Desde la atalaya que le proporciona el largo camino historiográfico recorrido, Linage opina que el panorama de la historia en la actualidad resulta muy interesante: «No estamos en mal momento. Afortunadamente, se ha superado esa terrible influencia marxista que había cuando yo estudié en Valencia y en los años siguientes. Afirmaban, por ejemplo, que un monasterio era una comunidad económica, lo cual no es cierto porque no existen realidades económicamente en estado puro, ni tan siquiera lo es una empresa. Ciertamente que una familia es una comunidad económica, pero es mucho más que eso y únicamente desde ese parámetro no puede ser comprendida cabalmente, lo mismo ocurre con todas las demás estructuras sociales».

No comparte Linage el análisis marxista de la historia aunque sí reconoce la importancia de la historia económica y social. De hecho, sostiene que «el descubrimiento consciente de la Historia de las mentalidades, al lado de la profundización de la estructura económica y social de la Historia misma, será la gran aportación historiográfica de nuestra generación». Y recalca la importancia del adjetivo «consciente» porque «no podemos pretender haber sido los primeros en hacer Historia de las mentalidades o Historia económica y social. Sin formularlo expresamente, muchos de los historiadores que nos precedieron, la hicieron ya. Pero hemos sido los de este tiempo quienes hemos reivindicado en nuestro pensamiento y sentimiento de la Historia el lugar incluso privilegiado de tales

⁵¹ *Cesta y puntos* era un concurso emitido por Televisión Española desde 1966 a 1971, presentado por Daniel Vindel, en el que participaban dos equipos de alumnos de bachillerato, cada uno de los cuales representaba a su correspondiente centro. El concurso iba combinando rondas de preguntas sobre cultura general y pruebas deportivas, que otorgaban puntos a los respectivos ganadores. Los equipos mejor clasificados llegaban a la final, con el consiguiente prestigio para el centro educativo.

materias, incluso su índole acreedora a ser valoradas como un enfoque, hasta una interpretación. Y de ahí que, aparte de influir, en la concepción de la Historia como tal y sus consiguientes repercusiones en la manera de hacer ésta, enriquezcan extraordinariamente el tratamiento de los campos citados»⁵².

Reconoce, además, que en nuestros días existe el peligro de confundir la historia con la ideología, algo que sucede cuando se afronta la historia de manera «superficial». Sostiene que «vivimos en una época un poco iconoclasta en la que se deforma la historia para utilizarla como argumento contra los otros». Quienes así actúan, incluso desde ámbitos institucionales, manifiestan que, en realidad, «la historia no les importa», la utilizan para sus fines particulares. Y, de manera un tanto sorprendente, Antonio Linage no cree que la historia sea maestra de la vida. «Me parece una frase demagógica; no sé si será porque he nacido entre las dos guerras mundiales; ahora bien, la historia es importantísima porque es una de las dimensiones de la vida, y quien está cerrado a reconocer esta dimensión es como si le faltara un miembro».

Más arriba se ha recogido la afirmación de Linage según la cual morirá «católico penitente y barroco impenitente». Resulta muy gratificante encontrarse con un intelectual (y ¿quién lo negará?) que manifieste sin complejos su condición de católico. De hecho, a él le parece «rarísimo» que no exista la libertad suficiente como para que los intelectuales se puedan declarar católicos sin ser atacados inmediatamente por ello. «En España, sobre todo, se habla de la Iglesia como la apoteosis de la intolerancia», sin reconocer el importantísimo papel que ha desempeñado en la salvaguarda de la cultura y el arte, por no mencionar su labor asistencial y benéfica. A esta dimensión ha dedicado su última obra, una historia del Hospital de Sepúlveda, que acaba de ver la luz⁵³.

Su condición de católico no resta un ápice al valor de su investigación y de su producción histórica. Reconoce que es «un apasionado» de la historia y del monacato, y que además se le nota, si bien «apasionamiento no quiere decir parcialidad». Jacques «Fontaine, en los *Cahiers de civilisation médiévale*⁵⁴, dice de mí que soy un medievalista que vive intensamente lo que escribe». Linage hace una inmersión en el ámbito que estudia, por lo general temas gratos al propio investigador porque «asegura» «no concibo dedicarse a la historia de algo que uno no ame o que odie; no lo entiendo». Ciertamente, a veces, aparecen cosas que

⁵² Antonio LINAGE CONDE, *Unamuno y la historiografía*, en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 21 (1971), p. 163.

⁵³ *El hospital de Sepúlveda y la Cofradía de la Cruz*, Zaragoza, 2016.

⁵⁴ *Cahiers de civilisation médiévale*, 73 (1976), pp. 65-70.

no agradan; «es inevitable tropezar con ello, con la parte negativa de la historia, a la que no me dedico, pero que tampoco puedo silenciar ni, tan siquiera, disimular». Con mayor razón aún «pretender borrar cualquier etapa histórica es algo aberrante». La memoria histórica nunca puede consistir en una manipulación de la historia. Por eso, tampoco puede estar de acuerdo «con aquellos que piensan que la historia solo puede ser edificante». La objetividad, la imparcialidad, deben presidir siempre el trabajo del historiador.

Linage conserva admirablemente intacta la curiosidad, una sana e «insaciable» curiosidad «universal» que le ha llevado a rastrear documentos por archivos de todo el orbe y a leer con avidez y a placer. Admirador de Alejandro Magno, ha sabido reunir un fabuloso imperio cultural, del que quedan como herederos todos los amantes de la historia y de la sabiduría.